

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 400

25 CTS.



La hija
del
guardabosque

POR
Lya Mara y
Harry Liedtke

FilmoTeca
de Catalunya

E
B



ZELNIK, Friedrich

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 400

Die Forsterchristel (1925/26)

* La hija del guardabosque

Sentimental producció

Interpretada por

LYA MARA

y HARRY LIEDTKE

En francés = Monsieur L'Empereur

* Screen "serie" ★
Serman 3 68.219, 421

7 Dictionnaire Cinema Vivantel de Jeanne

EXCLUSIVA DE *Tora* (Ver:)

CINEMATOGRAFICA ALMIRA

Rambla de Catalunya, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LEILA HYAMS



La hija del guardabosque

Argumento de la película

En la corte imperial y pomposa, cuando los ministros acudían a decir sí o no, había fiesta en palacio.

Reuníase el gobierno, y sus componentes rivalizaban en sedas, bordados, pelucas, tiesura y almidón...

La coquetería en el vestir estaba a la orden del día... más que cualquiera otra cosa.

Se esperaba a José II, rey y hombre, dos condiciones no muy hermanadas en aquella época, quien se limpiaba tranquilamente las botas de montar, cuando se le presentó el ministro Kaunitz, tan aristócrata y puntilloso que hasta le molestaba el aire de la calle por no ser perfumado.

Sin renunciar a su vulgar ocupación, el rey le escuchó, y el ministro le habló así:

—Señor... los ministros están reunidos... esperan someter a V. M el proyecto de aumento de sueldo al ministro de Campaña y supresión del de Escuelas.

Inmediatamente, en vista de la *importancia* del Consejo, el rey calzóse las botas y fué a reunirse con sus ministros.

En tanto, paseando por los cotos imperiales, hallábase cierto peluquero llamado Walter, cuyo tipo era perfectamente ridículo, si es que la ridiculez puede ser perfecta, buscando el calorcillo de Cristina, reina del bosque, hija del guarda de los cotos imperiales, cubiertos de nieve, a la sazón.

Pero Cristina, criatura encantadora, ingenua como las florecillas silvestres, no le hacía el menor caso, porque Walter no era un hombre, sino un remedo de tal.

Como él porfiase, aquel día, en acompañarla, ella, subiendo a su pequeño trineo, le dijo, dispuesta a jugarle una broma, para *refrescarle* las ideas:

—¡El que me quiera, que me siga!

El Fígaro no vaciló, exclamando al tiempo que se acomodaba en la parte trasera del trineo:

—¡Por Cristina me rompo el alma!

Y el patinador se deslizó acto seguido a gran velocidad por la nevada pendiente que conducía al valle, y en uno de los recodos del camino, Cristina inclinó el trineo hacia

la ladera, y el peluquero, despedido del patinador, rodó sobre la blanca alfombra hasta el fondo, helándosele no sólo todas las ideas, sino *todo lo demás*.

Cristina se alejó riendo, y al poco se detuvo ante la cabaña donde vivía con su padre, el guarda Lange, veterano de cien batallas, y que conservaba de la guerra una cruz y reuma vitalicio.

Con el guarda Lange se hallaba, en aquellos momentos, su sobrino, el cabo Hugo, aspirante al reuma, la cruz y las gracias de Cristina.

Momentos antes de penetrar Cristina en la estancia, decía Hugo a su tío, un tanto quejoso:

—Los días pasan, mi licencia termina y Cristina se fija más en los gamos del bosque que en mi persona.

El guarda se encogió de hombros, significando con tal gesto que en materia de amor es muy aventurado hacer pronósticos, y siguió chupando su recia pipa, mientras una de sus piernas, enfundada en innumerables paños y algodones, descansaba, erecta, en una silla.

Pero cuando Cristina entró en la cabaña, el guarda le dijo, viendo el poco caso que hacía de Hugo:

—¿Por qué tratas con tanto despego a los galanes?

Ella comprendió el alcance de la alusión, y abrazándose al cuello de su deudo, le protestó, acariciándole con mucho cariño:

—En la tierra sólo hay un hombre interesante: tú, papá. ¡Y no me voy a casar con mi padre!

Hugo no pudo menos de sonreír, pero en el fondo de su alma se lamentaba de que Cristina no le hiciese la menor demostración de simpatía; pero no por eso dejaba él de amarla con todas las fuerzas de su juventud.

Esperaría... El amor sabe esperar...

Un poco después, el peluquero Walter se personaba, hecho una furia y una heladora, en la cabaña.

Al verle, Cristina se echó a reír, ante lo cual protestó el infeliz enamorado:

—¡A un peluquero de la corte no se le toma la peluca!

Su lamentación fué pronunciada tan cómicamente, que lo mismo Hugo que el guarda Lange se rieron, y más todavía al oír la siguiente respuesta de Cristina:

—¡Yo me peino sola, y no necesito su compañía!

Pero Walter, apoderándose de una guitarra, la rasgó a su manera, muy torpe, por cierto, pues aunque tenía tipo flamenco, no lo era ni por asomo, y cantó:

“Deja que yo te peine
con bandolina.
Tendrás la cabellera
mucho más fina.”

La broma iba tomando aspecto de sainete. Cristina le arrebató la guitarra y, mucho más graciosa, aunque no se confundiera precisamente con una cañí, le contestó con la siguiente copla:

“El peine que yo tengo
no es *pa* tus manos.
Temblarían tus dedos
de pobre anciano.”

Y ni qué decir tiene que Walter tuvo que retirarse por el foro, confuso... pero para volver, porque Cristina le gustaba tanto, que no podría pasar un día tan sólo sin verla, aunque ella se burlase de su pasión. El infeliz Walterito recordaba el refrán de “Pobre porfiado...”

* * *

José II era un simpático joven. Era rey. Tenía que serlo, aunque no le hubiesen consultado si quería serlo.

Espíritu sagaz, conocía todos los trucos palaciegos, y no estaba conforme con ellos. Se ahogaba entre tanta hipocresía. Ansiaba

gozar de la amada libertad, y dispuesto a complacerse a sí mismo, decidió salir de caza sin séquito, y al hacerlo ordenó a su primer ministro:

—Diga a mi madre que me voy a cazar de incógnito. No quiero que los guardas pongan gamos atados ante mis narices para demostrar que tengo puntería.

Así, pues, el rey, como un cazador cualquiera, aunque, naturalmente, acompañado de un ministro, el de Agricultura, sin duda, partió al monte.

Cristina se encargó, aquel día, de hacer la ronda, en vista de que su padre, acometido de un nuevo ataque de reuma, no podía hacerlo.

Iba, como siempre, vestida de cazador, es decir, de guardabosque, por lo que tenía un aspecto varonil, aunque, bien mirada, su carita no tenía nada de masculina.

Un corzo la acompañaba en su ronda, como un perro leal, llevando, como distintivo de que no era libre, o sea, pieza cobrable, un lazo en el cuello.

El rey vió, de pronto, al corzo, y apuntándole con su fusil, disparó, pero, afortunadamente, el animal pudo rehuir la caricia de la bala, saliendo indemne del intento de muerte.

Cristina, alarmada, se echó el fusil al hombro y avanzó en dirección al cazador furti-

vo, y, al ver al rey, a quien no conocía ni de vista, lo cual no era de extrañar, puesto que ella vivía en el monte, le dijo, acremente:

—¡Imbécil!... ¡Un cazador que dispara contra un corzo que lleva collar! ¡Venga su permiso de caza!

Se expresaba como un hombre rudo, para que el cazador, amedrentándose, le hiciera caso.

El rey, encantado de que le tomasen por un vulgar cazador furtivo, y más encantado todavía al ver con qué interés defendían sus propiedades sus guardas, disimuló la risa y se dispuso a seguir la broma hasta donde fuese preciso.

¡Era simpático el guarda! ¡Y qué genio tenía!

Sonriente, resignándose a lo que fuera, el rey contestó:

—¡No tengo permiso!

—¡Me lo figuraba!... ¡Tendrá que pagar la multa, amigo! ¡Andando!

Le indicó que la siguiese. Y se encaminó hacia su cabaña.

El rey echó a andar a su lado, y cuando llegaron a la cabaña, Cristina le hizo depositar el arma encima de una mesa, y, luego, despojándose de su gorro de piel y de su bufanda, apareció ante él como lo que era, es decir, como mujer... mujer encantadora.

nistro que le acompañaba en su escapatoria

José II guardaría un gratisimo recuerdo perimentaba por vez primera, el sentimiento dos, pues a tal llegada sucederíanse los malas pasadas:



...y cuando llegaron a la cabaña...

José II quedó pasmado. ¡Cielos, una moza! Y no pudo menos de exclamar:

—¡El guarda es del género femenino! ¡Qué sorpresa!

—¡Déjese de palabras, y dispóngase a pagar!—le dijo ella, ceñuda siempre.

El guarda Lange se había acostado, echan,

do sapos y culebras contra su satánico reuma que no le dejaba vivir.

El rey, cada vez más entusiasmado, replicó a Cristina:

—¡Con trenzas y amenazadora! ¡Así me gustan las autoridades!

—¡Prescinda del género y obedezca!

—¡Vaya, vaya!

—¿Por qué permanece usted cubierto en mi casa? ¡Tenga usted educación al menos! ¡Soy guarda imperial!

—¡Oh, perdone! No me di cuenta...

Cristina se sentó ante una tosca mesa y empezó a redactar la denuncia.

—¿Tiene usted o apodo?—inquirió.

—Me llaman José—repuso el rey.

—José... y ¿qué más?

—Emperador.

—No tiene usted mal apellido. ¿Qué oficio, empleo o carrera?

—Soy sobrino de un tío de un hermano del último camarero del Palacio Real.

—¡Qué lío!

—Es muy gracioso, ¿verdad?

—¡Si se ríe, paga doble! Bueno, a pagar la multa.

—¡Gano tan poco! ¡Pagan tan mal al camarero hermano de mi tío!

—¡Pues deje en prenda la casaca o las botas!

—Prefiero dejar esto, que tiene más valor. Es un regalo de mi madre.

Y le entregó un reloj de oro con un colgante.

Cristina comentó, después de examinar la joya:

—¡A lo mejor también lo ha cazado usted sin permiso en bolsillo ajeno!

—¡No tanto, señorita!

—¡Yo no soy una señorita!

—Perdone... Yo creí...

—Puede usted marcharse... Le guardaré el reloj hasta que vuelva con el dinero.

—Cuando pueda, volveré... ¿Quiere decirme la hora que es? Quiero ver por última vez mi esfera.

—Mírelo usted mismo... Son...

El rey se acercó, y cogiendo distraída a Cristina, la abrazó con pasión y la besó en las mejillas.

—¡Oh!—protestó ella.

José II, riéndose como un chiquillo, alcanzó rápidamente la puerta, para librarse, sin duda, de un coscorrón, y Cristina, reaccionando de la inesperada sorpresa, se sintió completamente desarmada por aquella caricia.

¡Qué sensación desconocida para ella la estremeció de pies a cabeza!

La hazaña del rey tuvo por testigo al ministro que le acompañaba en su escapatoria

de colegial, y, prudente, se guardó de hablar de ello a Su Majestad. ¡Ah! Ahora comprendía el "inteligente" ministro el deseo del rey de ir solo al monte.



—¡Sí, padre! ¡Soy chica!

José II guardaría un gratisimo recuerdo de la aventura, y Cristina, por su parte, experimentaba por vez primera, el sentimiento del amor, del verdadero amor, de ese don divino que despierta las almas para elevarlas a las más puras y dilatadas regiones.

Y fué casi inconscientemente que se contempló al espejo y que, viéndose vestida de hombre, se dió cuenta de que no era ese su atavío natural, por lo que, alborozada, arrojóse ante un crucifijo de madera que ocupaba el sitio de honor en la humilde vivienda, y rezó:

—¡Gracias, Señor! Ya he conocido otro hombre además de mi padre...

Y el instinto de la mujer venció a la rutina... y en un abrir y cerrar de ojos, Cristina, con ropas de su madre, se transformó en una espléndida flor montañesa.

El guarda Lange se levantó del lecho y se sorprendió, agradablemente, por cierto, ante la súbita transformación, y clamó, abrazándola emocionado:

—¡Milagro! ¡Mi chico ya es chica!

—¡Sí, padre! ¡Soy chica! ¡Pero el día en que me case, ya verás como yo seré quien lleve los pantalones!

Y volvieron a abrazarse de todo corazón.

* * *

Con las flores de la primavera empezaron las maniobras militares...

En la aldea donde vivía Cristina, se produjo gran revuelo al ver llegar a los soldados, pues a tal llegada sucederíanse los festejos para obsequiarlos durante los descansos.

El peluquero Walter presentóse en la cabaña del guarda Lange, y alegre como un cascabel, gritó:

—¡Ya llegan las tropas! ¡Voy a rizar peluquines de oficiales!

El guarda Lange comentó con su hija, quien, con la reaparición del infeliz bibelot, tendría nuevo motivo de librarse a jugarle malas pasadas.

—¡O en la corte se peina poco, o ese vejete es tan peluquero del rey como yo!

Al poco presentáronse en la cabaña tres soldados, uno de ellos Hugo.

Este, en nombre de los tres, dijo al guarda:

—Hemos tenido la suerte de ser destinados aquí. Mira las papeletas de alojamiento.

En efecto, la suerte... y el ruego de Hugo, habían hecho el milagro de que fueran enviados a hospedarse en la cabaña del guarda.

Este y Cristina celebraron la casualidad, y saludaron a los tres soldados, uno de los cuales no llegaba a uno, sino que se quedaba a medio, y era hacerle favor, pues por su estatura no llegaba ni a la mitad de los demás.

Entretanto, en palacio, José II firmaba pliegos y más pliegos, concediendo favores con la mayor facilidad del mundo. El secretario que le iba sometiendo a la aprobación

los documentos, dijo, de pronto, al soberano, a propósito de uno de ellos:

—No vale la pena de leer esta solicitud... El firmante, servidor de Vuestra Majestad, pide coche para ir a la compra, más sueldo...

—¡Rehusado! Pero... ¿quién es el atrevido solicitante?

—Cristina, hija del guardabosque Lange.

—¡Cristina!

Y por la mente del rey pasó el recuerdo de la inolvidable aventura.

Se sucedió una pausa, tras la cual dijo el monarca:

—¡Concedido! ¡Es una fiel servidora!

Y el documento fué firmado sin vacilación.

Aquella noche, en la aldea, se celebró un gran baile en el mejor mesón de la localidad.

En él estaban reunidos todos los oficiales y la mayoría de los soldados, entregándose aquéllos a toda clase de libaciones y éstos a danzar con las mocitas.

Hugo logró asistir a la fiesta con Cristina como pareja, y al entrar en el mesón, la belleza de la gentil hija del guarda causó intensa admiración entre el elemento masculino, destacándose por su entusiasmo por ella un oficialite presumido y vanidoso que se las echaba de conquistador invencible.

El tal oficial había bebido más de lo pru-

dente, y la fiebre producida por el exceso de alcohol le quemaba la sangre.

—¡Buena mujer!—dijo a sus compañeros de mesa—. ¡Merece algo más que los galones de un cabo por compañía!

Ajenos a las intenciones del presuntuoso oficial, Hugo y Cristina se mezclaban en el ruedo formado por las parejas que danzaban.

El oficialite prosiguió:

—¡Las mujeres miran más los galones que la figura! ¡Ni una se me resiste desde que soy oficial!

Y miraba a Cristina, deseándola para él, y convencido de que lograría quitársela al insignificante cabo, insignificante en cuanto a graduación, porque en cuanto a musculatura, le aventajaba extraordinariamente.

Los demás oficiales parecía que dudaban de las palabras de su compañero, y éste, enardecido por el vino y las chanzas, se decidió a demostrar a todos que lo que decía lo ejecutaba.

Tambaleándose, dirigióse hacia la pareja, y al hallarse ante la misma, dijo, autoritariamente, como un déspota, abusando de su superioridad jerárquica:

—¡A cuadrarse, cabo, y venga esa plaza!

Los aldeanos formaron corro alrededor del oficial, de Hugo y de Cristina. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Aceptaría Hugo, por temor, ce-

der a Cristina al oficial? ¿No sería eso una cobardía... aunque se tratase de un jefe?

Hugo titubeó, cuando el oficial se apoderó de Cristina para bailar con ella, y ésta, desprendiéndose de los brazos del osado, se estrechó fuertemente contra Hugo, pidiéndole de tan elocuente modo su protección de hombre fuerte y valeroso. En aquellos momentos, ni Cristina medía el paso que estaban dando ella y Hugo.

Por dos veces el oficial intentó bailar a la fuerza con Cristina, no atreviéndose el cabo a rebelarse contra el oficial, pero, agotada la paciencia del subalterno ante la insolencia del superior, surgió lo temido: el soldado prescindió de que lo era y se abalanzó al oficial, obligándole a soltar a Cristina, que no quería nada con él.

Y puso Hugo tal furor en su empeño de librar a su amada del importuno, que la disputa tomó caracteres de tragedia, puesto que el gallardo mozo, formando dogal con sus manos en el cuello del imprudente, estuvo a punto de estrangularlo.

Afortunadamente para el borracho, acudieron en su ayuda sus compañeros oficiales, y el cabo, como tal y por insubordinación, fué detenido.

Así, cuando tan brillantemente se presentaba, terminó la fiesta.

Cristina regresó tristemente a su cabaña,

acompañada de Walter, el peluquero, que se contentaba con tenerla a su lado para creerse con probabilidades de obtener algún día correspondencia a su pasión.

Y, en tanto, en el mesón, los aldeanos se libraban a los comentarios de rigor en caso tan grave como aquél.



Y puso Hugo tal furor...

—¡Ese ya no bebe más vino en la taberna!—dijo el mesonero.

Era indudable que el pobre Hugo, el caballeroso cabo, sería juzgado sumárisimamente, para ser ejecutado sin dilación.

Acoñojada, Cristina buscaba la manera

de salvar a su primo, que tan generosamente había expuesto su vida por librarla de la afrenta del incorrecto oficial.

El peluquero, que sabía de estas cosas, le dijo, dándole todo por perdido:

—¡Malo, hijita, malo!... ¡Conozco al emperador!... ¡De esta te quedas sin primo!

Cristina miró, repentinamente iluminada, al Fígaro, y preguntóle:

—¿De veras conoces a nuestro señor?

—¡Ya lo creo! ¡Le rapo, le corto las uñas y le doy masaje! ¡No echa a la calle a un ministro sin decírmelo antes!

—¡Pues vamos a ver al emperador!

—¡Cómo!

—Sí, quiero verle, quiero hablarle de lo ocurrido... Vamos, no te detengas.

—Pero...

—¿No harás esto por mí, Walter?

Puesto en el trance de complacer a Cristina, a la que no sabría negar nada, el peluquero accedió a acompañarla a palacio, con lo que causó a la gentil muchacha una alegría indescriptible.

Vistióse Cristina en un santiamén, y, sin detenerse demasiado a explicar a su padre lo que se proponía hacer en la corte, partió de la aldea, con Walter.

Durante el camino, Cristina dijo al peluquero, más cariñosa con él que de ordinario:

—¡Qué suerte he tenido de ser amiga del que toma el pelo al emperador!

Y Walter sonreía... sonreía como un imbécil... como lo que era, naturalmente...

Llegados que fueron a la corte, Cristina se hospedó en la posada "El Toro de Oro".

Tan pronto quedó instalada en una amplia habitación, figurándosele al hostelero que se trataba de una gran dama, por ir acompañada de un elegante caballero como Walter, Cristina dijo a éste, resuelta a obrar de prisa para no llegar tarde:

—¡Ahora, a ver volando a tu amigo!

El peluquero se rascó la cabeza y repuso:

—A estas horas no está en casa... Estará haciendo la partida de tute en el café... Voy a ver...

Y salió.

Al quedar sola, Cristina se entregó a profundas reflexiones, y, de súbito, se dijo:

—¿Y si yo me llegase a palacio? ¡Una mujer entra en todas partes!

Sí. Iría sola, y si el rey no estaba en el café, es decir, si se hallaba en palacio, le hablaría seguidamente, y estaba segura de convencerle de que Hugo no merecía que le matasen.

Salió de la posada. En la calle preguntó la dirección del palacio imperial.

—Vaya por la derecha, después por la izquierda, da dos vueltas... y cuando se pierda, pregunte...—le dijo un buen hombre.

Con tan claras señas Cristina encaminóse a palacio... y llegó, después de dar vueltas y más vueltas, cuando estaba a punto de marearse.

¿Cómo entraría en palacio? Los centinelas le cerrarían el paso, y no era cuestión de perder el tiempo esperando que se fueran a dormir.

La providencia vino en su ayuda, representada por el proveedor de volatería y caza de palacio.

¡Entraría en la cocina con una gallina, como si fuese una empleada del tal proveedor!

Y dicho y hecho. El centinela no se opuso a su avance hacia los dominios cocineros, y para congraciarse con él, por si acaso, Cristina le dió un huevo que la gallina acababa de poner en su blanca mano.

—¡Centinela!—le dijo—. ¡Para aclarar la voz!

Ya en la cocina, Cristina, dejándose acariciar la barbilla por el cocinero mayor, aprovechó un momento de distracción de éste para escurrirse a otras habitaciones,

y de éstas pasó a las superiores, sin encontrar a nadie en el camino.

El rey se hallaba en su despacho soplando con un fuelle el hogar de la estufa, pues, a pesar de que había llegado la primavera, en aquella amplia sala se notaba, a aquella hora, un poco de frío.

Cristina, abriendo y cerrando puertas, llegó al gabinete de trabajo de Su Majestad, y al sorprender a José II en tan bajo menester, le reconoció como al joven cazador furtivo que tan grato recuerdo dejara en ella, y no pudo menos de decirle, mientras el rey, admirado, iba a su encuentro, con el fuelle en la mano:

—¡Usted!... ¿Al fin le han dado un empleo en palacio?

—¡La del reloj!—dijo el rey.

—La misma. Lo guardo todavía, esperando que vaya usted a buscarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a pedirle un favor al amo.

—¿De qué se trata?

—Lea usted... Le traigo esta carta.

Y el rey, ocultándole a Cristina que lo era, leyó el siguiente escrito:

Keridísimo emperador y rey:

Yo soy la Cristina del bosque.

Mi padre tiene reuma y no puede venir.

El caso es que mi primo le dió una guanta-

da a un teniente y yo le pido que no le afusilen.

Los gamos del bosque crecen mucho y de-sean que venga su rey a matarlos.

Es su súdita,

Cristina.

Sonrió José II, y dijo a Cristina, mirándola a los ojos:

—¿Tanto quieres a tu primo?

—¡Es que si lo matan va a tener un disgusto mi padre!—repuso ella, mirando a su vez al rey, del que se había enamorado, creyéndole un cazador furtivo.

—Bien... No te preocupes... Haré llegar tus elocuentes palabras al emperador.

—No me engañe, ¿eh? Lo sabré todo por Walter.

—¿Quién es Walter?

—¡Casi nadie! ¡Uno que está ahora en el café jugando al tute con don José II!

—¡Ah! ¡Con el rey, nada menos!

—Sí. No se burle usted. ¡Ya quisiera tener usted la influencia que él tiene!

—No digo que no.

—Bueno, entréguele al emperador el papelito, y dígame que yo esperaré que me llame, en la posada "El Toro de Oro".

—De acuerdo... Se lo diré.

—Mire usted... Si el emperador perdona

a mi primo, le devolveré a usted el reloj... y el beso que me dió.

—¿De veras?

—¡Palabra!

—De acuerdo, pues.

Y, gozoso, José II, el rey, el noble caballero, besó las manos de la hija del guardabosque, una y diez veces, con fruición.

Y estas caricias, inocentes, castas, salidas del alma, tuvieron por testigo el mismo ministro que sorprendiera el beso en la cabaña, y el cual fué a comunicar la noticia a varios palatinos.

Cristina despidióse del seudo cazador furtivo, llevándose muy grabado en su corazón, y mientras ella regresaba a la posada, llena de esperanza en la salvación de su primo, el ministro de la Agricultura decía a los aludidos palatinos :

—¡Qué escándalo!... ¡Las favoritas ya vienen a palacio! .

—¡Ah! ¡Cuando se entere la reina madre!

El rey en persona oyó estas exclamaciones, pero, fingiendo no haberlas sorprendido, ordenó a la dama que había aludido a la reina madre :

—¡Es preciso invitar y vestir a Cristina, hija de un guardabosque imperial, para que represente al pueblo en el festival palatino!

La dama, doblando su voluminoso cuerpo en repetidas reverencias, contestó, confusa :

—Ignoro dónde vive esa joven, Majestad...

—¡Vaya cortesanos ignorantes!... ¡Id a la hospedería "El Toro de Oro"!

—Bien, señor...

Y el mayor asombro se dibujó en el semblante de los murmuradores.

* * *

Cristina había vuelto ya a la hospedería, cuando regresó Walter, quien dijo a la campesina, con frescura polar :

—¡Estás de enhorabuena! ¡El emperador, que se ha tomado tres copas conmigo, se interesa por tu primo!

—¡Oh, gracias, Walter! ¡Estoy segura que el emperador hará algo por él!

—Yo ya sé lo que hará.

—¿Sí?

—Conozco al emperador. ¡Lo fusila... o lo perdona!

El hostelero llamó a la puerta de la habitación ocupada por Cristina, y al entrar en la pieza, dijo a su huésped :

—¡Pregunta por Su Excelencia una dama de la corte!

El corazón de Cristina dióle un vuelco en el pecho, en tanto que el de Walter se

encogía. ¡Canastos! ¿Qué significaba aquello?

Para que no le viesen allí, Walter ocultóse, y la dama de la corte, al presentarse ante Cristina, con ropas que depositó en una silla, expuso brevemente y con marcado retintín, el motivo de su visita:

—¡Su Majestad ordena que se persone usted en palacio!

¡Oh, noble cazador furtivo! ¡Había cumplido su palabra de hacer llegar el escrito de Cristina al emperador!

¡Cuán lejos estaba ella de que uno y otro eran una misma persona!

Ayudada por Walter, Cristina quedó convertida en una marquesa, y de tan gentil modo fué a palacio, en litera, pues la dama enviada por el emperador, sabía hacer bien las cosas.

Naturalmente, los gestos de Cristina, como marquesa, eran torpes. La educación palaciega no se improvisa, como, por ejemplo, un mal verso; pero como se trataba de salvar la vida de Hugo, que la había expuesto por ella, Cristina no se amilanaba, por muchos mirones que tuviera en los suntuosos salones de palacio.

De pronto, se anunció al emperador... y Cristina no se cayó de espaldas, al ver que el soberano era nada menos que el cazador furtivo, por verdadero milagro.

—¡¡Eh!!... ¡El es mi emperador!—exclamó al tiempo que lo saludaba hincando casi sus rodillas en el suelo.

Se había aprendido un discursito, para



—¡Su Majestad ordena que se persone usted en palacio!

suplicarle la salvación de su primo, pero se le olvidó de cabo a rabo. ¿Qué iba a decirle?

José II fué hacia ella, la levantó suavemente del suelo, y viendo su azoramiento, ordenó que la condujesen a un saloncito, donde se le reunió poco después.

Cristina no sabía lo que le pasaba. Pero ¿estaba viviendo un sueño? ¿Era posible que el hombre que ella tomó por un vulgar cazador, vulgar pero extraordinariamente simpático, fuese el propio emperador?

Este, acariciándola con la mirada, le dijo, lleno de amor:

—¡Tu emperador y rey perdona a tu primo!

—¡Gracias, señor!

—¿Te duele saber que tu cazador furtivo es rey?

—¡Oh, no, señor!

—¿Y tu rey no merecerá un poco de cariño como si fuese un hombre de tu rango?

—¡.....!

—¡Tu señor reclama el beso prometido al criado de mi palacio!

Los labios de Cristina se ofrecieron... su vista se perdió en el infinito... y la caricia hizo vibrar sus más recónditas fibras. ¡El rey la había besado... y ella besaba al rey!

Luego, ante la corte, envidiosa y murmuradora, José II bailó con la hija del guardabosque, la mujer que le había hecho conocer el amor.

Y aquella noche, Cristina no pudo conciliar el sueño, pensando en el emperador... en su emperador.

* * *

La emperatriz, madre de José II, era dama que no cesaba de pedir al cielo que el ángel guardián no abandonase a su hijo.

Enterada por una confidente del idilio de su hijo con Cristina, decidió alejar a aquél, para, durante su ausencia, convencer a la hija del guardabosque de que su sueño era imposible, y de que, si era cierto que amaba al rey, debía procurar, por su mutuo bien, distanciarse de él.

José II obedeció a su madre, pero prometió a Cristina que volvería; pero he aquí que, cuando regresó, la obra de la emperatriz se había consumado ya.

En efecto, Cristina reconoció que había soñado demasiado alto, y por otra parte Hugo, siempre leal, la sorprendió un día en el bosque, sola, pensando en el rey, junto a un árbol en cuya corteza ella grabara el nombre de José, nombre amado, y le dijo, humildemente:

—¡Cristina!... ¡Vuelve en ti!... ¡Ten compasión del que te ayudará a llevar tu casa, tu vida!

Ella callaba... llorando...

—En todas las vidas hay un sueño imposible, la hora azul que se borró con lágrimas...
—siguió rezando Hugo, con emoción indes-

criptible, dispuesto a ser para Cristina el espíritu comprensivo que sabe consolar...

Y Cristina, comprendiendo que su felicidad estaba en Hugo, en un hombre de su condición, aceptó por marido.



—En todas las vidas hay un sueño imposible...

Y la boda se celebró rápidamente, acaso más rápidamente de lo que en otras circunstancias se hubiese realizado...

Cristina sonreía... Hugo era feliz... Acababan de unirse en santo lazo.

Celebróse una gran fiesta en la cabaña, y

cuando era mayor la animación, Cristina vió, a través de los cristales de una ventana, al rey.

Este acababa de llegar. Reuniósele la recién desposada, vestida aún con las galas nupciales, y el monarca le estrechó cariñosamente las manos, diciéndole, mientras de los ojos de ella escapaban unas lágrimas:

—Cristina... Mi conciencia me recriminaba... Puse en peligro tu tranquilidad... Sólo quería saber si eras feliz.

Y ella rumoreó:

—Si la felicidad quiere decir vivir al lado del que me adora, sí que soy feliz, señor.

—¡Dile a tu hombre que es más dichoso que tu rey!

—¡Señor, honrad mi hogar, que de tan alto corazón no pueden venir traiciones!

El soberano aceptó, y en la cabaña el rey-hombre dijo a Hugo:

—¡Haz a tu mujer dichosa como ella merece!... ¡Merece ser reina!

Hugo aceptó conmovido estrechar la mano de su rey, y murmuró abrazando a su mujer:

—¡Reina será de mi corazón, señor!

Y, poco después, alejóse el monarca, lleno de melancolía, y Cristina se estrechó con frenesí contra el robusto pecho de su marido, para contener los sollozos de su alma.

Hugo tenía razón... En todas las vidas
hay un sueño imposible... la hora azul que
se borró con lágrimas...

F I N

ACABA DE PONERSE A LA VENTA,
con éxito grandioso,

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica

la formidable novela

VOLGA, VOLGA

Emocionante asunto ruso

Producción que público y crítica han juzgado como una de las mejores hasta la fecha